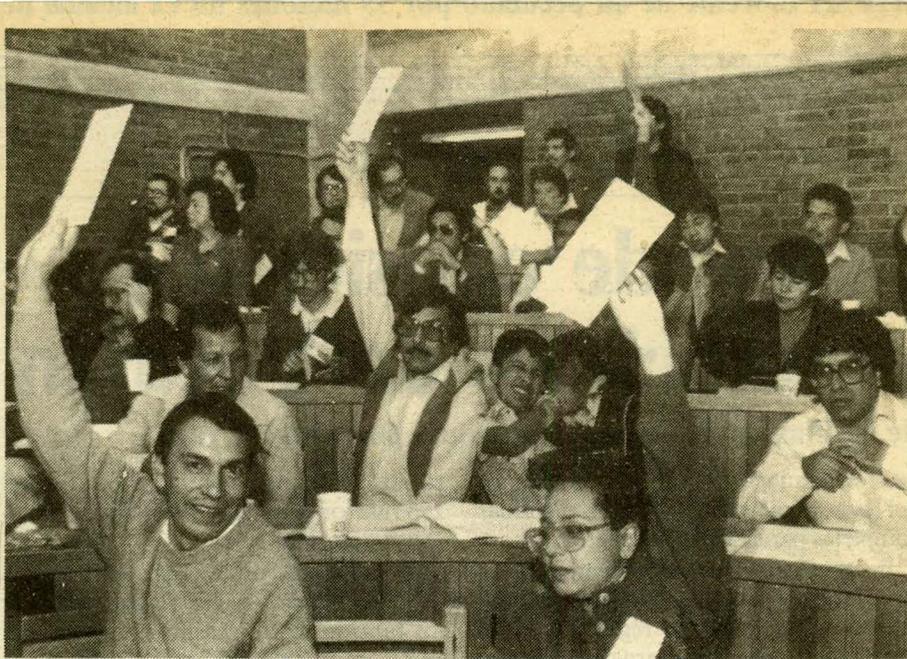


■ Segundo informe,  
segunda aproximación  
■ La soberanía, *leit motiv*

El temor a algo circulaba en los espacios próximos al Palacio de Bellas Artes y dentro del recinto mismo. Se restringió el tránsito, aun de personas, en el perímetro cercano a la eventual sede del Congreso, lo que por supuesto dio lugar a incidentes y fricciones, pues se esculcaba a simples transeúntes por el sólo hecho de que su deambular los llevaba a las zonas de acceso restringido dentro del gran teatro nacional.

La sesión parlamentaria comenzó muy de mañana, con el prolongado pase de lista, concluido apenas a tiempo de que, a las nueve, se iniciara la ronda de oradores, acordada la víspera para que los grupos parlamentarios comentaran la situación nacional a la que se referiría también el Informe. Procedieron con acierto las fracciones minoritarias, al buscar esta modalidad participativa, pero debe revisarse su eficacia. Por lo pronto, en el recinto mismo el público atendía poco a los oradores, como quien ve llover y no se moja. Los legisladores mismos, aun los correligionarios de quien usaba la tribuna, conversaban entre sí, se distraían de mil modos. Los invitados tempraneros buscaban su butaca, saludaban a conocidos, examinaban el panorama. Difícilmente alguno podría, antes de consultar los diarios del día siguiente, referir la posición expresada por Abel Vicencio Tovar, que habló por el PAN; Luis Vicente Coca, que lo hizo por el PARM; Ignacio Castillo Mena, por el PRD; Rafael Aguilar Talamantes, por el ferrocarril, y Guillermo Jiménez Morales, por el PRI. Por supuesto que todos dijeron algo digno de consideración. Pero el que no se midió fue Aguilar Talamantes, diestro en su papel de provocador. Comenzó, como el burro hablando de orejas, llamando a los miembros de su partido, es decir a sí mismo, "hombres honrados y leales", y denunció el cardenismo "de moda", el que alega "derechos de sangre, cardenismo de *pedigrí*", lo que causó la risa del senador Porfirio Muñoz Ledo, a quien estaba dirigida la pedrada.

La voz presidencial sonó, a las once de la mañana en punto, enronquecida levemente, como si Salinas padeciera alguna infección faríngea. Aunque él mismo no leyera los títulos de los apartados, sino hiciera una exposición de corrido, la organización del informe era en sí misma útil para definir los propósitos del gobierno. El documento estaba dividido en tres partes, una de tesis, otra de hechos y la tercera consagrada a un mensaje. La porción doctrinal constó de cuatro apartados, relativos al contexto internacional; la vinculación entre soberanía y justicia, y las reformas económica y política. Los hechos quedaron agrupados no conforme al hábito antiguo de los ramos de la



Aspecto de las votaciones durante los trabajos del congreso perredista en el Distrito Federal ■ Foto: Francisco Mata

administración sino en torno de las estrategias delineadas por el propio Presidente en su toma de posesión: defensa de la soberanía y promoción de los intereses nacionales; ampliación de nuestra vida democrática; recuperación económica con estabilidad de precios; y mejoramiento productivo del nivel de vida, subdividido en políticas sociales y Programa Nacional de Solidaridad.

Comenzó el Presidente retomando su concepto de modernización, como medio para que el país se fortalezca ante el mundo "y de mejorar la convivencia entre los mexicanos". Desde esa entrada se advirtió el talante que tendría la reunión: afirmaciones seguidas de expresiones de rechazo o escepticismo (que a veces fueron capaces de interrumpir la lectura, aunque no tanto como el campanileo del que hizo uso repetidas veces, más de las necesarias, el presidente de los debates que sin embargo coronó su actuación con un discurso sobrio). Las protestas o reproches eran respondidos con aplausos, no sólo de los legisladores priístas, sino de la gran mayoría de los invitados. La coexistencia de la reprobación y las ovaciones, ninguna bastante para sofocar a la otra, era como simbólica de lo que tiene que ser la competencia, y aun la contienda, de partidos, aunque también es síntoma de las simplificaciones a que obliga tomar posiciones, pues no queda resquicio para el matiz y todo se convierte en apoyo o rechazo en bloque.

La parte que hemos llamado doctrinal no fue simplemente una reiteración de las visiones salinistas expuestas *in extenso* el año pasado. Contuvo también análisis de la realidad, especialmente al examinar el mundo contemporáneo. En ese tramo es notable la distinción hecha por el Presidente sobre el curso de la historia reciente en Europa Central y América Latina. El hecho en sí mismo ha sido valorado por observadores profesionales, pero en un Jefe de Estado, el Jefe del Estado mexicano particularmente, adquiere una dimensión mayor. Se trata de la relación entre países próximos, dependientes de una gran potencia y esta misma gran po-

tencia. La transformación del socialismo real esteuropeo fue posible, consideró Salinas, porque su gran vecino, la Unión Soviética, entró en un periodo de retraimiento: "Pueden aceptar riesgos internos porque ya no tienen en sus fronteras ningún desafío inmediato a su soberanía", afirmó, para luego contrastar: "No es el caso de América Latina", y luego agregaría que "la circunstancia geopolítica se mantiene", es decir, nuestro gran vecino coarta esfuerzos que podrían ser análogos a los de Europa central, "y por ello permanece como propósito fundamental —e imprescindible, agregó fuera del texto de que disponíamos— la defensa de la soberanía".

A la soberanía dedicó Salinas amplio espacio. Fue, casi, el *leit motiv* de su discurso. Si nos atenemos al lema que difundió la propaganda previa al Informe, diríamos que con esa insistencia el Presidente respondió a la creencia, presente en la oposición perredista, pero también en espíritus no alineados, de que no por falta de patriotismo sino por rendición ante fenómenos de integración irreversibles, era un valor que consideraba periclitado, propio de una organización internacional premoderna. Pues no: con razonamientos convincentes se proclamó *soberanista*, y puso énfasis en posturas donde esa actitud debía concretarse. Ese fue el caso, ruidosamente aplaudido, de su puntualización sobre el petróleo en el marco del libre comercio con Estados Unidos: "Quiero ratificar —dijo elevando la voz para sobreponerse a la sonoridad de las protestas y para poner su afirmación en valor— que la nación mantendrá la propiedad y el dominio pleno sobre el petróleo y los hidrocarburos, y que el Estado seguirá ejerciendo íntegramente las facultades que le otorga el artículo 28 de la Constitución para desarrollar de manera exclusiva las áreas estratégicas".

Salinas volvió a la carga con su dilema, sofisma según pensamos, entre Estado propietario y Estado solidario: "Era inaceptable un Estado con tantas propiedades frente a un pueblo con tantas necesidades", dijo esta vez. Puso el acento, sin embargo, en los

aspectos sociales de la reforma del Estado, justicia y soberanía. Sus juicios no eran compartidos por todos. Cuando, todavía en las tesis para el cambio, aseguró que el crecimiento económico sólo tiene sentido si eleva el nivel de vida de todos los mexicanos, diputados del PRD desplegaron una manta donde se pedía "pensión mínima para los jubilados", como un alegato contra la falta de veracidad que atribuían al dicho presidencial. Lo mismo, y más intensamente, ocurrió cuando el informante se congratulaba de los avances logrados en materia electoral. Martínez Corbalá tuvo que negar el derecho a interpelar a las múltiples voces que demandaban hacerlo, o gritaban recordando lo que apenas unos días antes había ocurrido en Coahuila.

Las protestas se hicieron más frecuentes en el capítulo de hechos. Salinas explicaba con ánimo reposado su posición frente al acuerdo de libre comercio. Expuso sus ventajas y, frente a la creencia difundida de que se está queriendo quemar etapas en la negociación, señaló que ella se realiza "con intensidad pero sin premura y con el tiempo requerido para obtener los mayores beneficios para el país". Quienes no le creyeron desplegaron una manta fuera de tiempo (por lo que habrían de mostrársela una vez más al Presidente, cuando se refirió a los problemas rurales: "Salinas igual a más hambre y miseria en el campo" podía leerse en ella).

Nadie movió un dedo, en cambio, cuando el Presidente incluyó, en su recuento de la política exterior, la visita del Papa. No lo hizo con frío propósito expositivo, como al hablar de su viaje a Honduras. Habló del cariño y el respeto que se le tributó al "peregrino de la paz" (ese mismo que no la ha procurado en la crisis del Golfo Pérsico) y dijo, arrogándose un sentimiento generalizado que por lo mismo puede no ser verdadero, que "los mexicanos guardaremos siempre afecto hacia él". Su otra referencia a un nombre propio, no de un estadista fue a Octavio Paz. Lo elogió en actitud que no todos compartieron.

La perspectiva con que el Presidente ve los problemas económicos, o los expone, es diversa de la que muchos mexicanos pobres padecen. Eufemismos como hablar de "cierta pausa en el dinamismo económico" pueden ser traducidos como desempleo; lo mismo que el disfraz puesto a la frustración del propósito de reducir la inflación a un dígito, diciendo que "se mantiene en la zona porcentual de 20", aunque roce el límite máximo de esa franja y sea 30 para efectos prácticos.

Sin embargo de ello, Salinas formuló compromisos, el más destacado de los cuales consiste en trabajar más para los que menos tienen. Es tal la desigualdad vigente, tan hondas y renovadas las necesidades de la mitad de la población mexicana (el solo volumen de menesterosos es ya una monstruosidad), que aun con paternalismos y clientelismos habría que justipreciar el resultado de tales afanes.